

CHARLAS DE SOBREMESA

Martín Lutero

1. Recuerdos autobiográficos

[Curriculum vitae]

1. Yo, Martín Luther, nací en el año 1483. Mi padre fue Juan, mi madre Ana y mi patria Mansfeld. Mi padre murió en el año 30 y mi madre en el 31. En el año 1516 comencé a escribir contra el papa. En el año 1518 el doctor Staupitz me liberó de la obediencia de la orden y me dejó solo en Augsburgo, donde había sido citado para comparecer ante el emperador Maximiliano y el legado pontificio, que estaba allí por aquel entonces. En el año 1519 me excomulgó de la iglesia el papa León, lo cual constituyó una segunda liberación. En el 1521 me proscribió el emperador Carlos, en una tercera «absolución». Pero el Señor me acogió. El doctor Staupitz me dijo: « Te exonero de mi obediencia y te encomiendo a Dios» (WA Tisch 2.250).

[Costumbres de niños y bondad de Dios]

2. Le resulta muy difícil a uno convencerse de que, a pesar de ser un gran pecador, Dios le ha concedido su gracia por Cristo. ¡Ay, qué pequeño es el corazón humano al no querer convencerse de esta verdad ni aceptarla!

En mi juventud me sucedió en cierta ocasión, en Eisleben, el día del Corpus Christi, cuando ministraba con ornamentos sacerdotales en la procesión: me asusté de tal forma ante el Santísimo que portaba el doctor Staupitz, que rompí a sudar, y hasta pensé que iba a fenecer a causa de la enorme angustia. Después de la procesión me confesé con el doctor Staupitz, quien, al ver mis lamentos, me respondió: « ¡Ay, que vuestras cuitas no son precisamente de Cristo!». Acepté estas palabras con gozo y me consolaron sobremanera.

¿No es para dar lástima que seamos tan medrosos y de tan poca fe? Se nos entrega el propio Cristo con todo lo que es y tiene; nos ofrece sus bienes eternos y celestes, la gracia, el perdón de los pecados, la justificación y bienaventuranza eterna; nos llama sus hermanos y coherederos [Rom 8, 17]. Y, no obstante, nos arredra el peligro, huimos incluso de él, de forma tal, que casi siempre andamos precisados de su ayuda y de su consuelo.

Se parece esto a lo que me sucedió en un martes de carnaval en mi pueblo, cuando otro muchacho y yo andábamos cantando a las puertas de las casas a cambio de salchichas, tal como se acostumbraba hacer. Un ciudadano quiso gastarnos una broma y nos increpó a gritos: «¿Qué hacéis, pareja de granujas? Que os suceda esto y lo de más allá». Y vino hacia nosotros con un par de salchichas que nos quería dar. Mi camarada y yo, asustados por los gritos, nos escapamos de aquel buen hombre que no deseaba perjudicarnos, sino hacernos bien. Después nos volvió a llamar y se nos dirigió con bondad tal, que regresamos y aceptamos las salchichas que nos daba.

Así nos comportamos con Dios, «que no ha perdonado ni a su propio unigénito, sino que nos le ha entregado como regalo». No obstante, huimos de él, creyendo que no se trata de nuestro misericordioso Dios, sino de nuestro juez riguroso (WA 137).

[Primera misa]

3. Cuando celebré mi primera misa en Erfurt, al leer las palabras « Te ofrezco a ti, Dios vivo y verdadero», me asusté tanto, que a punto estuve de abandonar el altar; y lo hubiera hecho de no haberme retenido mi preceptor. Y es que pensaba: < ¿quién es con el que estás hablando?». Desde entonces siempre celebré la misa con terror estremecido, y agradezco a Dios que me haya librado de todo eso (WA 5.337).

4. Entró en el convento contra la voluntad de su padre. Cuando celebró la primera misa preguntó a su padre por la razón de haberle molestado lo hecho. Su padre le respondió durante la comida: « ¿Es que ignoras la Escritura, que dice "honra a tu padre y a tu madre" ?». Se excusó, y dijo que la tempestad le había llenado de tal pánico, que le obligó a hacerse fraile. Su padre le repuso: «¿No crees que pudo tratarse de un fantasma?». Después, el padre sería el autor de la boda (WA 623).

[Angustias del fraile]

5. No fui un monje a quien acuciase demasiado la libidine. Tuve poluciones, pero por necesidades fisiológicas. A las mujercillas, ni las miraba cuando se estaban confesando. No quería ver la cara de las penitentes. En Erfurt no oí a ninguna en confesión; en Wittenberg sólo a tres (WA 121).

6. Muchas veces confesé al doctor Staupitz no problemas de mujeres, sino dificultades de verdad, y él me decía: « No lo entiendo». ¡Bonito consuelo! Lo mismo me sucedía al acudir a los demás. En resumen, que ningún confesor quería hacerse cargo. Pensaba entonces: «eres el único que tiene estas tentaciones». Y andaba como si fuese un cadáver inerte. Hasta que, en vista de mi tristeza y abatimiento, me comenzó a decir: «¿Por qué estás tan triste, fray Martin?». Le repuse: «¿Y cómo queréis que esté?». Me contestó: «¿Ignoras que esta tentación te beneficia, puesto que de otra forma Dios no sacaría nada bueno de vos?». Esto no lo entendía ni él mismo, porque se imaginaba que yo era un sabio muy expuesto a la soberbia y a la altanería, de no verme sacudido por estas tentaciones. No obstante, lo acepté en el sentido paulino: «Se me ha puesto en mi carne un aguijón» [2 Cor 12, 7]. Por eso lo tomé como palabra y voz del Espíritu santo.

Cuando fraile, era también muy piadoso en mis tiempos papistas; a pesar de todo, me encontraba tan triste y acongojado, que llegué a pensar que Dios me había retirado su gracia. Decía misa y rezaba; no veía entonces ni tenía a mujer alguna, cosa natural al ser fraile y pertenecer a una orden religiosa. Ahora, el diablo me fustiga con otros pensamientos. Muchas veces me recrimina: «A cuántas personas has seducido con tu doctrina». En ocasiones hallo consuelo, pero en otras circunstancias cualquier palabra basta para conturbar mi corazón. Una vez me dijo mi confesor, puesto que siempre acudía a él con pecados estultos: « Eres un necio; Dios no se enfada contigo, eres tú quien está enfadado con él; no está enojado contigo, sino tú con él». Palabras preciosas, grandes, estupendas, que pronunció iluminado por el evangelio.

Por eso, quien se viere aquejado por el espíritu de tristeza, que se defienda contra él pensando que no está solo. Porque Dios ha creado la comunidad de la iglesia, y esta hermandad ruega para

que sus miembros se sostengan unos a otros, como dice la Escritura: «¡Ay de aquel que está solo, porque si llegare a caer, no habrá quien le ayude» [Ecl 4, 10]. Tampoco le resulta grata a Dios la tristeza del corazón, aunque la permita en el mundo; ni desea que me atormente por su causa, puesto que dice: «No quiero la muerte del pecador, etc.», «alégrense vuestros corazones». No quiere servidores que no confíen en él de buena gana. Pues bien, a pesar de que soy consciente de esto, cien veces al día me veo sacudido por pensamientos contrarios. No obstante, resisto al diablo [...] (WA 122).

7. A Erasmo no le debo nada; todo lo que tengo se lo debo al doctor Staupitz. El fue quien me dio la gran oportunidad (WA 173).

[Viaje a Roma]

8. El doctor estuvo en Roma en el año 1510. Dijo a este propósito: « Fui a Roma por un designio admirable: para que viese la cabeza de los crímenes y la sede del diablo; porque el diablo ha puesto su asiento en Roma. En Constantinopla tiene a su bajá, pero el papa es peor que el turco» (WA 5.344).

[Lutero ante Cayetano]

9. Cuando en 1518 tuve que ir a Augsburgo estaba lleno de miedo, ya que me encontraba solo. Estaba citado para comparecer en Roma, pero el duque Federico acudió a Cayetano con el ruego de que se me oyese en Augsburgo, tal como sucedió (WA 509).

10. Narraba el doctor Martín Lutero cómo había acudido a Augsburgo en 1518, cómo el propio legado pontificio había conversado con él y la forma en que se había comportado. En primer lugar, dijo, acudí allí porque se me había citado y requerido, pero con una importante custodia y protección del elector, que me había recomendado a los de Augsburgo. Estos andaban siempre pendientes de mí y no dejaban de advertirme que no entrase en tratos con italianos, que no me fiase de ellos, porque no sabía yo bien lo que era un italiano.

Tres días enteros pasé en Augsburgo sin salvoconducto del emperador. Durante este tiempo reiteró sus visitas un italiano, que me recomendaba presenciarme ante el cardenal y empeñado en conseguir mi retractación. «Basta con que digas "me retracto", para que el cardenal interceda por ti ante el papa y podrás así regresar con todo el honor a tu príncipe».

Pasados tres días, llegó el obispo de Trento, y, en nombre del emperador, mostró al cardenal mi salvoconducto. Me presenté entonces ante el cardenal humildemente; me arrodillé primero, después caí en tierra y por último me postré cuan largo era. Después de mandarme el cardenal por tres veces que me levantara, me incorporé, lo que le plugo sobremanera y le hizo creer en la victoria. Cuando al día siguiente se dio cuenta de que yo no estaba decidido a retractarme en nada, me dijo: «¿Por qué crees que el papa se preocupa de Alemania? ¿Crees que los príncipes llegarían a las armas por tu causa?». « No ». «¿Dónde quieres vivir el resto de tus días?». «Bajo el cielo». Que tanta fue la altanería del papa. Por eso le es más amargo que la muerte ver menospreciada su dignidad y majestad, de lo que ya no puede librarse.

Después se humilló algo el papa, y escribió al elector, a Spalatino y a Pfeffinger, solicitando que me entregasen y ejecutaran su mandato. Al elector le escribió en los términos siguientes: «Aunque no te conozca personalmente, vi sin embargo en Roma a tu padre, el duque Ernesto, que era hijo obedientísimo de la iglesia, gran devoto de nuestra religión; por eso, desearía que vuestra

serenidad siguiese sus mismos pasos». Pero el elector, que sospechó de esta desacostumbrada humildad papal y se percibió de las malas intenciones de asustarle, conoció la fuerza de la sagrada Escritura, porque en muy pocos días mis Resoluciones corrían ya por toda Europa. Esto le confirmó en su decisión de no ejecutar aquel mandato y de someterse al juicio de la sagrada Escritura.

Si el cardenal se hubiese comportado con más modestia en Augsburgo y me hubiera hecho caso cuando me postré rendido a sus pies, nunca se habría llegado a la situación presente, ya que por aquel entonces no estaba yo al tanto sino de escasos errores del papa. De haberlo hecho él, también me hubiera callado yo sin ninguna dificultad. Pero el estilo de Roma en una causa oscura e inexplicable era el de decir el papa: «Por pontificia autoridad nos reservamos esta causa para su solución definitiva». Y entonces, ambas partes se veían obligadas al silencio. Yo creo que el papa estaría dispuesto ahora a entregar tres cardenales con tal de que las cosas hubieran quedado como entonces se encontraban (WA 3.857).

[Eck, debelador de Lutero]

11. No nos damos cuenta del beneficio que nos reporta el tener contrincantes y el que los herejes se enfurezcan y se enfrenten con nosotros. Si Cerinto hubiera callado, nunca habría escrito Juan su evangelio; pero como se empeñó en atacar a la divinidad de Cristo, Juan se vio espoleado a escribir y decir: «En el principio era el Verbo» [Jn 1, 1], e hizo una distinción clara de las tres personas, como nadie lo hubiera podido conseguir. De la misma forma, cuando yo comencé a escribir contra las indulgencias y contra el papa, se enfrentó conmigo el doctor Eck¹, que fue el que me despertó y me despertó. Deseaba yo de corazón que este hombre se convirtiera y retornara al camino recto. Como se empeñó en seguir igual, le deseé entonces que llegara a ser papa, puesto que se lo había ganado bien, ya que hasta la fecha ha sido él solo quien ha tenido que soportar todo el peso, toda la molestia y el trabajo entero del papado por combatirme (si bien es cierto que le ha valido la pena, porque tiene él solito unos ingresos de setecientos florines de la parroquia de Ingolstadt). Pero muy bien podría ser papa, dado que no cuentan con otro que pueda combatirme. Fue él quien inspiró mis primeros pensamientos contra el papa, el que me empujó hasta donde yo nunca hubiera llegado de otra forma. Por eso, cuando los herejes y demás antagonistas piensan que nos causan grandes perjuicios, en realidad lo que hacen es servirnos de mucha utilidad (WA 5.525).

[El profeta y su conciencia de tal]

12. Si al principio, cuando comencé a escribir, hubiera sabido lo que después experimenté y vi, y en concreto la oposición y resistencia que se hace a la palabra de Dios, es seguro que hubiera permanecido en un tranquilo silencio, pues no habría tenido la osadía de atacar y enojar al papa y a casi todos los demás. Creía yo entonces que pecaban sólo en fuerza de la ignorancia y de la fragilidad humanas y que no se atreverían a reprimir deliberadamente a la palabra de Dios. Pero Dios me ha lanzado, como se lanza un corcel al que se le vendan los ojos para que no vea hacia dónde galopa. A propósito de esto, dijo el doctor que raramente acomete una obra buena a sabiendas o con premeditación, sino que sucede todo dentro del error o de la ignorancia. «Por

¹ Eck (Juan Maier), 1486-1543, fue uno de los primeros adversarios de Lutero y, desde luego, según el testimonio de Lutero, de los de más altura. Sus *Obelisci* (1518) fueron una de las primeras respuestas a las tesis sobre las indulgencias.

eso, he sido lanzado a la enseñanza y la predicación agarrado por los pelos. Si hubiera sabido lo que ahora sé, ni diez caballos hubieran podido arrastrarme. Que por eso mismo se quejaban también Moisés y Jeremías de haber sido engañados [...]» (WA 406).

13. Lo primero que tenemos que saber es si nuestra doctrina, tal como la proclamamos, es la palabra de Dios. Sólo con esta seguridad podremos tener la firme confianza de que la empresa ha de perdurar, tiene que perdurar, y que ni el diablo ni el mundo con toda su canalla podrán echarla por tierra, por más que griten y rabien contra ella. Yo, a Dios gracias, tengo la convicción de que mi doctrina responde a la palabra divina, y he arrojado de mi corazón cualquier otra creencia, llámese como se llame. He vencido casi del todo los pensamientos y tentaciones con los que se acongojaba mi interior cuando me decía: «¿Es que vas a ser tú el único en detentar la palabra verdadera? ¿no la poseen también los demás?». De esta forma nos combate Satanás, se abalanza sobre nosotros, amparándose en el nombre de la iglesia. Nos echa en cara: «Estás destruyendo lo que hasta ahora ha mantenido la iglesia como cierto durante tanto tiempo; con tu doctrina estás minando el orden espiritual y el temporal».

Esta misma argumentación la encuentro esgrimida en el caso de todos los profetas, cuando los principales del gobierno espiritual y civil les decían: «El pueblo de Dios somos nosotros, puesto que estamos dentro del régimen fundado y establecido por Dios. Hay que mantener como verdadero lo que nosotros, la mayor y más sana parte, decidimos y reconocemos por tal. ¿Quiénes sois vosotros, puñado de locos, para pretender enseñarnos a nosotros?». Porque no sólo hay que poseer la palabra de Dios y armarse de ella, sino que también hay que estar seguros de la doctrina para poder ganar la batalla. Hay que saber decir: «Tengo la certidumbre de que lo que enseño y creo es la misma palabra de Dios, majestad suprema del cielo, de que es su voluntad y la eterna incambiable verdad; todo lo demás, lo que no esté de acuerdo con esto o a ello se oponga, es una presuntuosa mentira diabólica, es falso, equivocado».

Y esta convicción es la única que capacita para acometer una empresa, para mantenerse sin desmayo en ella y para poder proclamar: Los equivocados y los que no tienen razón sois todos vosotros; mi doctrina es la única recta y la segura verdad de Dios, en ella permaneceré aunque todo el mundo opine lo contrario. Porque Dios no puede engañar, y yo poseo su palabra que no ha de fallar y prevalecerá contra todas las puertas del infierno [Mt 16, 18]. El mismo me alienta al decir: «Yo pondré en tu camino oyentes que acepten tu enseñanza; déjame a mí este cuidado, que yo velaré por ti. Lo único que tienes que hacer por tu parte es permanecer asido a mi palabra».

Hay que tener la convicción de que la doctrina es recta, de que responde a la eterna verdad, y no hacer cuestión de cómo la aceptarán los demás. Esta certidumbre es la victoria contra el demonio; pero no conviene discutir con él cuando no se está seguro de la doctrina. Si quieres ser bienaventurado, tienes que estar tan seguro de la palabra de Dios, que aunque todos los humanos opinaren de otra forma, incluso aunque todos los ángeles dijeran lo contrario, tú, sin embargo, puedas mantenerte firme y proclamar: «Y, no obstante, sé muy bien que esta palabra es la verdadera». Lo único que anhelo es poseer la palabra de Dios. Me tienen sin cuidado los milagros, no me preocupan las visiones extraordinarias. Tampoco haría caso a un ángel que quisiera enseñarme algo que no fuera la palabra de Dios. Yo sólo creo en la palabra de Dios y en sus obras, porque la palabra de Dios ha resultado verdadera desde el principio del mundo y a nadie ha defraudado. Bien, pues esto mismo es lo que estoy experimentando en la realidad, porque todo va sucediendo conforme a la palabra de Dios (WA 130).

[Lutero, Kethe y su familia]

14. Hablaba el doctor Martín de su compromiso matrimonial y decía: Si hace trece años me hubiera decidido a casarme, habría tomado por esposa a Ave Schonfeldin, que ahora lo es del doctor Basilio, médico en Prusia. No estaba en aquel entonces enamorado de mi Kethe, porque me daba la sensación de ser orgullosa y engreída. Plugo a Dios que me apiadase de ella, y gracias a él, la cosa ha salido bien, porque tengo una mujer piadosa y fiel, en la que puede descansar el corazón del marido, como dice Salomón [Prov 31, 11].

¡Ay, Dios mío querido! Que el matrimonio no es sólo algo natural, sino un don divino que proporciona la más dulce, grata y honesta de las vidas, incluso más que el celibato y la soltería, cuando el matrimonio sale bien; que cuando fracasa, se torna en un infierno. Porque, aunque por lo general todas las mujeres dominan a la perfección el arte de cazar al marido a base de lágrimas, mentiras e insistencia, pueden torcerlo con buenas palabras. Sin embargo, cuando en el estado matrimonial perduran las tres piedras preciosas de la fidelidad y la fe, el fruto de los hijos y el sacramento que santifica y diviniza, entonces hay que decir que el matrimonio es un estado bienaventurado.

¡Qué ansiedad tan cordial sentí por mi mujer cuando en Schmalkalda estuve enfermo y a punto de morir! Creí que no podría volver a ver aquí abajo a mi esposa ni a mis hijos. ¡Cómo me atormentaba la idea de tal separación! Ahora m- doy cuenta de lo enorme que es en los moribundos esta afición y este amor naturales del esposo para con la esposa, de los padres hacia los hijos. Cuando, por la gracia de Dios, recuperé la salud, se acrecentó aún más el amor a mi mujer y a mis hijos. No hay nadie tan espiritual que no sienta este amor, esta afición natural e innata, puesto que es algo estupendo para afianzar la unión y la convivencia entre marido y mujer (WA 4.786).

15. En el primer año de casados se tiene unas ocurrencias extrañas. Cuando uno está a la mesa, piensa: «Antes estaba solo, ahora estoy acompañado». En la cama, cuando se está desvelado, ve un par de trenzas junto a él que antes no veía. Bien, pues en mi primer año de matrimonio, mientras yo estudiaba, se sentaba a mi vera mi buena Kethe, y como no sabía de qué hablar, me espetaba: «Señor doctor, ¿es cierto que en Prusia el mayordomo de la corte es hermano del Margrave?» (WA 1.656).

16. La doctora: «El señor Felipe recibió mucho dinero del rey inglés: 500 florines (nosotros sólo 50), del elector 400 y 80 táleros de no sé quién». Repuso el doctor: «Y también gasta muchísimo con los suyos y con los ajenos; reparte todo el dinero. Además, sería digno de recibir un reino entero un hombre tan significado y que tantos méritos ha contraído con el imperio romano y con la iglesia de toda Alemania y de otras regiones» (WA 4.957).

17. . Un inglés, hombre docto, estaba sentado a la mesa, pero no entendía alemán. Dijo Lutero: «Te propongo a mi mujer como preceptora de alemán; es muy habladora, y tan dispuesta, que en esto me supera a mí con mucho. Pero no es la elocuencia loable en las mujeres; mejor sería que fuesen balbucientes y premiosas» (WA 4.081).

18. Estaba su mujer dando de mamar a un niño y otra vez embarazada. Dijo (Lutero): «Es difícil mantener a dos huéspedes, a uno que está en casa y a otro llamando a la puerta» (WA 1.016, 3.255, 1.697, etc.).

19. El doctor Martín Lutero había castigado a su hijo N. a no comparecer en su presencia en tres días, y no quería concederle su gracia hasta que el niño no se humillara y lo suplicase. Como su madre, el doctor Jonás y el doctor Teutenleben intercediesen por él, dijo: «Prefiero un hijo muerto a uno impertinente. No en vano dijo san Pablo que un obispo ha de saber presidir dignamente su casa y tener unos hijos bien educados (1ª Tim 3, 4). Nosotros, los predicadores, hemos sido elevados a tan alto rango, que estamos obligados a dar buen ejemplo a los demás. Nuestros descastados hijos, sin embargo, molestan a los demás; quieren estos bellacos

aprovecharse de nuestros privilegios. Sí, incluso aunque falten con frecuencia, aunque cometan toda clase de travesuras sin yo advertirlas, porque no se me denuncian, se me ocultan, en concordancia con el proverbio vulgar: "somos los últimos en enterarnos de lo que sucede en nuestras casas; sólo llega a nuestra noticia cuando ha sido ya divulgado por todas las callejuelas". Por eso hay que castigarlos, no se puede hacer la vista gorda ni dejarles pasar nada por alto» (WA 6.102).

20. Lutero: « Me parezco a Abrahán, porque soy el abuelo de todos los hijos de los frailes, sacerdotes y monjas, que engendraron con generosidad. Soy el padre de un gran pueblo» (WA 3.239).

21. Las mujeres se velan, como dijo el apóstol, a causa de los ángeles [1ª Cor 11, 10], y yo tengo que ponerme los pantalones a causa de las vírgenes (WA 3.240 a, b).

[Ocupaciones]

22. Soy un hombre muy ocupado; tengo que desempeñar cuatro trabajos, cada uno de los cuales necesitaría para su cumplimiento la dedicación exclusiva de una persona: tengo que predicar en público cuatro veces por semana, dictar dos veces lecciones, oír las causas, escribir cartas y, además, escribir libros para el público. No obstante, Dios me ha provisto bien al darme una mujer excelente que cuida de todos los asuntos familiares, para que yo no me tenga que ocupar además de este menester (WA 154).

2. El predicador

[La misión del predicador]

23. Decía el doctor Martín Lutero que Dios había obrado maravillas al encomendarnos a nosotros, pobres pecadores, el quehacer de predicar su palabra y de dirigir los corazones que no conocemos. Pero es una misión de Dios, nuestro señor, que nos dice: «Oye, tú tienes que predicar, que de que fructifique ya me encargaré yo» [1 Cor 3, 6], « yo conozco los corazones de los hombres». Esto tiene que servirnos de consuelo a los predicadores; deja que el mundo se ría y ridiculice tu oficio, y riéte tú también.

Se cuenta del emperador Maximiliano que en cierta ocasión rompió a reír con todas sus ganas. Cuando se le preguntó por el motivo de reírse tan destempladamente, su cesárea majestad respondió al día siguiente: « Me río, porque pienso en lo bien que Dios ha provisto sus dos gobiernos, al encomendar el espiritual a un mierda borracho y clerical, es decir al papa Julio, y el civil a un cazagamuzas como yo» (WA 3.492).

[El predicador ideal]

24. Un buen predicador ha de estar adornado de los atributos siguientes: 1) que pueda enseñar de forma correcta y ordenada una materia sutil; 2) que tenga una cabeza muy clara; 3) que sea muy elocuente; 4) que tenga buena voz; 5) ha de disfrutar de muy buena memoria; 6) que sepa acabar a tiempo; 7) tiene que dominar la materia y entregarse con diligencia a su estudio; 8) tiene que arriesgar cuerpo y vida, bienes y honor; 9) que esté dispuesto a que todo el mundo se ría de él (WA 6.793).

25. Dijo el doctor a Cordato: El predicador, que suba al púlpito, que abra la boca y que se calle; es decir, que sea llamado, que instruya con dedicación y claridad, y que no canse a los oyentes con exceso de palabrería (WA 5.171 a).

26. Un predicador es como un carpintero: su instrumental es la palabra de Dios; y como los sujetos con los que tiene que trabajar son tan distintos, no debe cantar siempre la misma canción, impartiendo la enseñanza uniformemente, sino que, a tenor de los oyentes variados, a ratos tendrá que amenazar, asustar, castigar, increpar, consolar, expiar, etc. ¡Ay, con qué facilidad se inclina y se dispone uno a enseñar a los demás, pero no a sí mismo! (WA 234).

27. El catecismo es la mejor y más completa doctrina. Por eso hay que predicarlo sin cesar y no olvidarlo, de manera que las predicaciones públicas partan de él como base y hacia él se dirijan. Me gustaría que diariamente se predicase y se leyese este sencillo libro. Pero nuestros predicadores y oyentes lo conocen con tal perfección, se lo han aprendido tan de memoria, que les da vergüenza ceñirse a esta insignificancia doctrinal, y prefieren lucirse hablando de materias más sublimes. El noble, los campesinos, dicen: «¡Bah, nuestro párroco nos toca siempre la misma cantinela! Predica sólo el catecismo, los diez mandamientos y el credo, el padrenuestro, y habla sobre el bautismo y la cena; todo esto nos lo sabemos ya al dedillo». Así, los predicadores se fijan en cosas más subidas, y, guiados por las preferencias de los oyentes, predicán lo que a éstos les agrada, a costa del fundamento y de los cimientos sobre los que hay que edificar (WA 2.554 b).

28. El doctor Erasmo Alber, al ir a predicar al Margraviato, rogó al doctor Martín Lutero le indicase la manera de predicar a los príncipes. Díjole el doctor: Todos tus sermones tienen que apoyarse en la mayor sencillez; y no te fijes en los príncipes, sino en los simples, en los necios, en los toscos e ignorantes, y así alimentarás también a los príncipes. Si en mi sermón tuviera que fijarme en Felipe o en los otros doctores, obraría muy mal; pero predico sencillamente a los no instruidos, y esto gusta a todos. Sé griego, hebreo; pues bien, prescindo de todo eso cuando estamos reunidos los muy letrados. Y es que a veces rizamos tanto el rizo, que Dios nuestro señor debe quedarse perplejo allá arriba (WA 3.612).

29. Muchas veces, al bajar del púlpito, me he reprochado a mí mismo: « ¡Puf, vaya sermón que te ha salido! En realidad, no lo habías orientado mal, pero no te has atendido a nada de lo que habías planeado». E inmediatamente me han alabado este mismo sermón con enorme entusiasmo, como el mejor, el más hermoso de cuantos en mucho tiempo hubiera predicado. Abajo ya, he reflexionado y comprobado que en mi sermón no he dicho nada, o muy poco, de lo que había proyectado decir. De ello he deducido con certeza que muchas veces se predica algo muy distinto de lo que queremos, porque Dios nuestro Señor inspira otras cosas. Así que, llegada la ocasión, predíquese de distinta manera a como se había preparado con antelación. Todo es bueno, con tal de que se predique sólo lo que concuerda con el credo y está regulado por la sagrada Escritura (WA 4.719).

30. Echaba en cara el doctor Martín Lutero a Mayor su pusilanimidad, y le advertía que no debía fijarse sólo en los doctores y en los muy sabios, sino que debía prestar atención asimismo al hombre corriente, precisado de ser instruido en la verdad. « En el púlpito hay que sacar los pechos y dar de mamar al pueblo sencillo, porque se está criando a diario una iglesia nueva que necesita se le enseñe con toda sencillez la doctrina de los niños. Por este motivo, hay que acudir sin cesar al catecismo y dar de beber leche; las ideas elevadas, sutiles y agudas, el vino fuerte, hay que reservarlo para los sabios» (WA 3.421).

[Los malos predicadores]

31. Decía al doctor Lutero su mujer que había oído predicar en la parroquia a su pariente, Juan Polner (al que esperaba el doctor), y que le había entendido mucho mejor que al doctor Pommer,

que se desviaba mucho del tema y mezclaba otros asuntos en sus sermones². A lo que respondió el doctor Lutero: «Pommer predica tal como habláis las mujeres, que decís cuanto se os ocurre». Y añadió: «El doctor Jonas solía decir que no hay que interesarse por todos los mercenarios con los que uno se encuentra. Y es cierto que el doctor Pommer enrola a veces a algunos que le salen al paso. Es insensato el predicador que está convencido de que puede decir cuanto se le ocurra. Un predicador tiene que mantenerse fiel al tema y esforzarse para hacerse entender a la perfección. Esos predicadores que se empeñan en decir cuanto se les viene a la mente, me parece que se comportan igual que las criadas cuando van a la plaza: se encuentran con otra muchacha; pues echan con ella una parrafada o engarzan una conversación; que les encuentra otra criada, pues otra parrafada, y así con la tercera y con la cuarta, que por eso van tan despacio al mercado. Lo mismo exactamente hacen los predicadores que se apartan demasiado del tema y quieren decir todo de una vez. Y esto es lo que no se puede hacer» (WA 5.489).

[El predicador mundano]

32. Lo que se requiere para que un predicador sea apreciado por el mundo. Seis cualidades han de adornar a un predicador para ser como la gente le quiere: 1) que tenga muy buena pronunciación; 2) que sea muy letrado; 3) que sea elocuente; 4) que tenga una presencia tan agradable, que puedan enamorarse de él las muchachas y las jovencitas; 5) que no reciba dinero, sino que lo reparta; 6) que hable de temas gratos de escuchar (WA 5.388).

[El predicador y la política]

33. El predicador no debe meterse en política. Cristo era el único señor, y, sin embargo, dijo a Pilato: «Tú eres mi señor» [Jn 19,11] (WA 181).

34. Preguntaron al doctor Martín si un párroco o predicador tenía también potestad para reprender a las autoridades. Respondió: «Sí, por supuesto; porque si todo va conforme al orden establecido por Dios, éste les ha confiado su derecho de castigar el vicio y la injusticia. Por tanto, hay que reprender a los dirigentes civiles si dejan que se avasallen los bienes de los súbditos y permiten se les esquilme con usuras y mal gobierno. Sin embargo, no es conveniente que un predicador se ponga a establecer el orden que se ha de observar, ni a tasar el precio del pan, de la carne, etcétera. Lo que tiene que hacer en público es enseñar que cada uno, según su condición, ha de ajustarse fiel y diligentemente a lo prescrito por Dios: que no robe, no cometa adulterio, que no maltrate ni veje, no engañe a los demás ni se aproveche de ellos, etc.» (WA 5.258).

3. Teología de Lutero

[Actitud humilde del teólogo]

35. Las sagradas letras exigen que el lector sea humilde, que reverencie y tema la palabra de Dios, y que esté siempre dispuesto a decir: «Enséñame, enséñame, enséñame». El Espíritu resiste a los soberbios. Si se ensoberbecen, se verán excluidos de la iglesia de Dios; que no en vano todo soberbio es hereje, si no de hecho, sí de derecho. Es muy difícil, por otra parte, que quien esté excepcionalmente dotado se vea libre de la arrogancia; pero Dios permite que sean probados con rigor quienes han sido adornados con grandes dones, para que se den cuenta de que no son nada. Pablo llevó « el aguijón» [2 Cor 12, 7] para contrarrestar la insolencia. Y si Felipe no fuese afligido como sabemos, saldría sabe Dios por dónde. Temo por Jacob y por Agrícola, como les dé por ensoberbecerse y por despreciar a sus maestros. Yo conocía el espíritu de Müntzer, de

² Juan Polner, sobrino de Lutero y estudiante en Wittenberg.

Zwinglyo y de Karlstadt³. La soberbia, que arrojó a los ángeles del cielo, echará a perder al predicador. Por eso, en el estudio de la teología, lo que cuenta es la humildad (WA 5.017).

[Dios, bueno y alegre]

36. Al contemplar el doctor Martín los rebaños que se dirigían a pastar, dijo: «Ahí van nuestros predicadores, nuestros lecheros, mantequilleros, queseros, laneros, que todos los días nos predicán la fe en Dios, que debemos confiar en él como en un padre que cuida de nosotros y que quiere alimentarnos» (WA 4.000).

37. A eso del atardecer, llegaban dos pajarillos que andaban construyendo un nido en el jardín del doctor, pero que no hacían más que revolotear, espantados de cuantos por allí pasaban. Dijo entonces el doctor: « No huyas, querido pajarillo; si pudieras creerme, verías que te deseo todo bien. Así nos comportamos nosotros con Dios nuestro señor, en el que no acabamos de creer y de confiar, a pesar de que nos desee y nos demuestre lo mejor. No nos va a hacer mal alguno quien nos entregó a su propio hijo» (WA 3.223b).

38. La tristeza procede sólo de Satanás: has de concluir que todo lo que suene a tristeza y a muerte es diabólico. Dios no entristece, no asusta ni mata. Es Dios de vivos [Mt 22, 32]. Para eso envió a su Hijo, para que vivamos. Y murió para dominar a la muerte. Por ello, estad alegres, tened confianza. El mejor fármaco contra las tentaciones espirituales es la oración y la palabra (WA 3.439).

[Cristo, el reconciliador]

39. Sé muy bien que no me faltan motivos para exhortar con tanta vehemencia al conocimiento del Cristo verdadero y auténtico. No, que no es Cristo una persona que nos exija algo de lo nuestro; es, con mucha más propiedad, un mediador que reconcilia a los pecadores del mundo entero con Dios. Por eso, y ya que eres un pecador, como en la realidad lo somos todos, no te lo imagines como un juez sentado en el arco iris, puesto que eso te llenará de terror y de desesperación; es mucho mejor que lo imagines como hay que representarle, es decir, tal como le ves y le conoces: como el hijo de Dios y de la virgen María. Personificado de esta manera, no puede asustar a nadie, no martiriza ni tortura, no nos desprecia a nosotros, pobres pecadores, no nos pide que le rindamos cuenta de nuestra vida, de esta vida que tan mal hemos llevado; sino que es una persona que ha quitado los pecados del mundo entero, que ha querido ser crucificado y aniquilado por propia voluntad.

De esta forma es como tienes que irte acostumbrando a ver a Cristo, a conocer quién y qué es. De mucha utilidad te resultará aprender el significado de la palabra «nuestros»; es decir, que has de tener la certidumbre de que Cristo ha quitado no sólo algunos, sino todos los pecados de todo el mundo. Porque por todo el mundo se ha entregado cierta y verdaderamente, aunque no todo el mundo lo crea. Por eso, no tienes que limitarte a reconocer que los tuyos son pecados verdaderos, sino que has de reconocer también que son pecados tuyos y de nadie más. Quiero decir que tienes que comprender y creer que Cristo no se ha entregado sólo por los demás hombres, sino que lo ha hecho también por tus pecados.

A esto me acojo yo sin vacilar, y tú no te desvíes nunca de esta figura de Cristo, que constituye también el deleite de los ángeles en el cielo. Porque Cristo, según su retrato vivo, no es un Moisés, un carcelero o un verdugo; es un mediador que nos reconcilia a nosotros, pobres

³ Jakob Schenk, predicador de corte del duque Heinrichs en Freiberg. Se distanció de Lutero, sobre todo en la interpretación teológica del pecado.

pecadores, con Dios; que nos regala su gracia, vida y justificación; que se ha entregado a sí mismo, no por nuestro mérito, por nuestra santidad o justicia, ni por nuestra honra o nuestras buenas obras, sino por nuestros pecados. Pues, aunque Cristo en ocasiones interprete la ley, no es éste su ministerio propio ni para eso ha sido enviado por el Padre (WA 6.628).

40. Dios es incomprensible e invisible; lo que pueda abarcarse y verse no es Dios. Dicho de otra manera: Dios es visible o invisible. Es visible en su palabra y en sus obras; no se le puede poseer si faltan estas dos cosas, porque sólo se deja encontrar allí donde se ha manifestado. Ellos creen⁴ que le han aprehendido en fuerza de sus especulaciones, cuando con ellas lo que aprehenden es al diablo que se hace pasar por Dios. Quiero advertir a todos que no es conveniente lanzarse a los altos vuelos de la especulación, y que en este mundo es mucho mejor arrimarse al pesebre y a los pañales, donde yace la plenitud de la divinidad en persona, como dice san Pablo a los Colosenses (cap. 2). Ahí sí que no puede engañarnos Dios, ahí se le halla con toda seguridad. Quisiera que no se olvidase esta norma después de mi muerte (WA 257).

41. A base de razón es imposible aprehender y entender lo que es Dios el creador. Por este motivo pensó «esto es inútil; la razón humana no puede alcanzarme, porque le resulto demasiado grande y elevado. Voy a hacerme pequeño para que le sea posible llegar a mí; voy a darles a mi hijo, y que se torne en víctima, en pecado, en maldición, y para que me obedezca a mí, el padre, hasta la muerte en la cruz». Y esto es lo mismo que empequeñecerse y hacerse inteligible. Pero ¿dónde encontrar a los que lo crean y lo acepten? «¿Dónde están los otros nueve?» [Lc 17, 17] (WA 1.814).

42. En otra ocasión, afirmaba el doctor Martín Lutero que no podía conocer a Dios sino en Cristo, y dijo: «Me quejaba una vez al doctor Staupitz de lo terriblemente que me atormentaba la predestinación». Entonces me contestó: «En las llagas de Cristo, y no en otra parte, puede comprenderse y encontrarse la predestinación, porque está escrito: a él tenéis que escuchar» [Mt 17, 5]. El Padre está demasiado arriba y por eso pensó: «Quiero construir un camino por el que se pueda llegar hasta mí. Ese camino es Cristo; creed en él, estad pendientes de él, y así podréis dar conmigo en el tiempo oportuno». Pero nosotros no lo cumplimos, y ahí está el motivo de que no podamos alcanzar ni comprender a Dios. No podemos ni imaginarnos lo que es, mucho menos lo que piensa. No será comprendido. Quiere ser asequible sólo a través de Cristo. ¿Deseas saber el motivo de la condenación de tanta gente? Radica, ni más ni menos, en que no hacen caso de lo que Cristo dice y enseña. En Cristo es donde debéis dar con lo que soy y con lo que quiero; sólo en él -no en lugar ninguno del cielo o de la tierra- lo encontraréis (WA 1.490).

(El cristiano, pecador y confiado)

43. Decía el doctor Martín Lutero al doctor Jonas, cuando un barbero le estaba cortando el cabello y rasurando la barba en Eisleben: «El pecado original es igual que la barba del hombre; a pesar de que se la afeite hoy y quede la cara totalmente lisa, al día siguiente vuelve a aparecer. Y este crecer del cabello y de la barba no cesa durante toda la vida; sólo acaba con la tumba. Pues de la misma manera permanece y actúa el pecado original a lo largo de la existencia humana. Pero hay que combatirle y cortar esta especie de cabello sin desmayo» (WA 138).

44. Propiamente, la pena del pecado original consiste en no reconocer a Dios, en no saber nada de él, lo cual es una maldición. Después, en no conocer a los demás, en no tenerlos en cuenta; es decir, en hacerles daño, matarlos, asesinarlos. Y, en tercer lugar, en no conocerse uno a sí mismo, o sea, en estar preocupado sólo por sí mismo, en buscar el bien propio aunque sea con perjuicio de los demás (WA 709).

⁴ Se refiere a los escolásticos, como representantes de la teología del papado.

45. A Dios no se le puede comprender; sin embargo, se le puede percibir. Permite que se le vea y se le sienta en todo, se revela como un bondadoso hacedor que realiza y nos da todo lo bueno, según vemos demostrado en el sol y en la luna, con el cielo y la tierra, con los frutos todos que maduran. El fallo de no reconocer a Dios en esas obras suyas y en los innumerables beneficios, no hay que imputárselo al creador, como si quisiera que todo esto nos lo velase; no, el fallo no está en él, sino en nosotros. Porque la humana naturaleza quedó tan corrompida y envenenada por el pecado original, que nos resulta imposible darnos cuenta de todo esto, reconocerlo y comprenderlo (WA 6.530).

46. [...] El cristiano ha de ser un hombre alegre. Aunque tengas que sufrir tantas calamidades como te acosan desde fuera y desde dentro, del mundo y del demonio, déjalo que pase. Consuélate, acude a Dios y ten paciencia; el que es tu salvador no permitirá que te quedes sin consuelo ni ayuda, ni que las tentaciones te venzan y te pierdan. Estas tentaciones nos son necesarias y buenas, para que la potencia de Dios se realice en nuestra debilidad. Si los santos patriarcas, los profetas, los apóstoles, fueron tan pusilánimes, ¿cómo no lo vamos a ser nosotros, pobres, miserables y débiles gusanillos, ahora, cuando la impiedad se ha apoderado de todo, enfriando la fe y la caridad y haciendo que desaparezcan casi por completo de la faz de la tierra? Pues, a pesar de todo, ved de qué forma tan admirable sigue Dios manteniendo a su iglesia (WA 3.298).

47. Dios goza con que comamos, bebamos, estemos alegres y disfrutemos de todas las creaturas, porque para eso las ha creado. No quiere él, contra lo que solemos hacer, que nos quejemos de no habernos provisto suficientemente ni de que no pueda alimentar y saciar nuestros cuerpos corruptibles. Y sólo para que le reconozcamos como Dios nuestro y le agradezcamos sus dones [...]. Después de la comida se habían servido uvas, nueces, melocotones y otras cosas; al ver las ganas con que todos lo comían, dijo: ¿qué pensará Dios nuestro señor allá arriba, al contemplar cómo nosotros, sentados aquí, estamos comiendo sus dones? Pues para eso los ha creado, para que los aprovechemos. Sólo nos pide a cambio que reconozcamos que estos bienes son suyos y que los disfrutemos con agradecimiento (WA 1.090).

48. Dios quiere que estemos alegres, aborrece la tristeza; porque si deseara que estuviéramos tristes, no nos regalaría el sol, la luna y los frutos de la tierra, dones que nos tiende para nuestra alegría; al contrario, habría hecho todo tenebroso y no permitiría más salidas de sol ni retornos del verano (WA 124).

49. El niño pequeño del doctor Martín, que se llama como su padre, tenía un perrito con el que estaba jugando. Al observarlo, dijo su padre: «Este muchacho está predicando la palabra de Dios con sus obras; porque Dios dice: "Dominad sobre los peces del mar y los animales de la tierra" [Gén 1, 26], y el perro aguanta cuanto el niño le hace»⁵ (WA 1.638).

50. Si lo quisiera, Dios podría ser riquísimo. Bastaría con acercarse al papa, al emperador, a los reyes, príncipes, obispos, doctores, acaudalados, comerciantes, burgueses y campesinos, y decirles: «Ahora mismo morirás sino me das cien mil florines», para que todos le contestasen: «Lo haré con mil amores, con tal de poder seguir con vida». Pero somos unos puercos tan ingratos, que no le entonamos un «Deo grabas» por tantos y tan grandes beneficios como a diario recibimos por su pura bondad y misericordia. ¿No es esto vergonzoso? El, padre generoso, no se deja arredrar por esta actitud, y continúa otorgándonos toda clase de bienes. Más agradecidos le estaríamos si distribuyese los bienes con más mezquindad. Si permitiera que los hombres viniesen al mundo con una pierna o un pie, y a los siete años les diese la otra pierna, a los catorce los adornase con una mano y a los veinte con la otra, entonces reconoceríamos mucho mejor los

⁵ Cuarto hijo de Lutero, Martín nació el 9 de noviembre de 1531.

beneficios y los dones divinos, los agradeceríamos más, los valoraríamos más, al habernos visto privados de ellos durante ese transcurso de tiempo. Ahora bien, Dios sigue colmándonos de beneficios y nos los otorga casi todos de golpe.

En estos tiempos nos ha regalado el mar rebosante de su palabra; nos permite conocer varios idiomas, por doquier florecen las artes, y hoy día en cualquier sitio se compran libros excelentes por una nonada. Nos facilita, además, hombres instruidos que pueden impartir la enseñanza tan recta y ordenadamente, que cualquier muchacho que no sea un perfecto majadero está capacitado para en un año estudiar y aprender lo que antes costaba tanto. El arte resulta ahora tan barato, que debe costar poco más que el pan. Y nosotros ¡tan indolentes, tan desatentos, negligentes e ingratos! Que cierre Dios un poquito su mano suave y su misericordia, nos dé con menos abundancia y con más cicatería, que enseguida comenzaremos a mimar y adorar a las hordas herejes de los anabaptistas, a las sectas, a los falsos predicadores, a los que se burlan de Dios, pues con tanto descaro menospreciamos hoy día su palabra y a sus servidores (WA 2.407).

4. La sagrada Escritura

[Libro abierto a los sencillos]

51. Ruego y exhorto con lealtad a todos los cristianos que no se apuren, que no se escandalicen por las palabras e historias tan simples que se contienen en la Biblia, ni desconfíen de ella por este motivo. Aunque a nuestro modo de ver se trata siempre de algo necio y simple, sin embargo ahí está palpitante la pura palabra, la obra, historia y relación de la majestad, poder y sabiduría del Dios altísimo. Porque es éste un libro que entontece a los sabios y cuerdos, y sólo se deja comprender por los sencillos y mentecatos, como dice Jesucristo en Mateo [11, 25]. Por lo tanto, prescinde de tu petulancia y de tu engreimiento, y considera a este libro como el más sublime de todos, el más noble reconfortante, como el más rico, insondable e inagotable de los filones. Dentro de él podrás encontrar la divina sabiduría: esa sabiduría que en la Biblia muestra Dios tan llana y sencillamente, que rebaja y avergüenza a los sabios encumbrados. En este libro encuentras el pesebre y los pañales que ocultan a Cristo, también ángeles y pastores. Son pañales sencillos e insignificantes, pero es muy preciado el tesoro Cristo que en ellos yace (WA 6.524).

52. Decía una vez el honorable señor doctor Martín Lutero al señor Felipe Melancthon, al doctor Justo Jonas y a otros, a propósito de la sagrada Escritura, que se parecía ésta a un bosque inmenso con toda suerte de árboles, de los cuales se podía coger las frutas más variadas; que en la Biblia se podía encontrar todo consuelo, doctrina, enseñanza, advertencia, promesa, amenaza, etc. ; y que no había ningún árbol en este bosque al que no hubiera sacudido y del que no hubiera cortado un par de peras o manzanas (WA 674).

[Ley y evangelio]

53. El antiguo testamento es un libro, fundamentalmente, legal, que enseña lo que hay que hacer y lo que hay que evitar. Para ello, acude a ejemplos y sucesos que comprueban cómo se han cumplido o transgredido estas leyes. Pero, junto a las leyes, se contienen también algunas promesas y pasajes relacionados con la gracia, para que los padres santos y los profetas se mantuviesen, como nosotros en la fe en Cristo.

Por el contrario, el nuevo testamento es un libro en el que está escrito el evangelio y la promesa de Dios. Junto a ello, algunas historias también, y ambas cosas para los que creen y para los que no creen. No es más que una pública predicación y revelación de Cristo, pronunciada en el antiguo testamento y llevada a la plenitud por Cristo.

En el nuevo testamento, la enseñanza capital es la gracia y la paz por el perdón de los pecados revelado en Cristo; en el antiguo testamento, la doctrina más importante se centra en las leyes, en mostrar los pecados y en exigir el bien obrar.

El nuevo testamento y el evangelio no son otra cosa que un sermón de Cristo, hijo de Dios y de David, verdadero Dios y verdadero hombre, que por su muerte y resurrección ha vencido al infierno, a la muerte y los pecados de todos los que creen en él; pero por pura gracia y misericordia, sin necesidad de mérito, dignidad, buenas obras o virtudes.

Por eso, guárdate muy bien de convertir a Cristo en un Moisés, y al evangelio en una ley o en un código doctrinal, como hasta ahora ha sucedido. El evangelio no exige nuestras obras para ser justificados y salvados (incluso condena estas obras), lo que exige es la fe en Cristo, la confianza en que ha vencido por nosotros al pecado, a la muerte y al infierno, y, en consecuencia, nos justifica, santifica y salva por su propia obra, por su muerte y sus sufrimientos, no por las obras nuestras, a fin de que aceptemos su muerte y su victoria como si de nuestra propia victoria se tratara.

El hecho de que en el evangelio, tanto Cristo como Pedro y Pablo, den también múltiples preceptos y enseñanzas, que aclaren la ley, hay que verlo como otra de tantas obras, otro de tantos beneficios de Cristo. Y de la misma manera que el conocimiento de sus obras y de su historia no equivale al del evangelio (puesto que en fuerza de aquello aún no has llegado al conocimiento de su victoria sobre los pecados, la muerte y el diablo), tampoco es lo mismo tener perfecta noticia de estas leyes, de estos mandamientos, que tenerla del evangelio; éste llega sólo cuando se percibe la voz que dice: «La única garantía, el poder verdadero, es Cristo con su vida, su enseñanza, sus obras, su muerte, su resurrección y cuanto es, tiene y puede».

Por eso puede verse con toda claridad que Cristo no presiona, sino que enseña amicalmente, y dice: < Bienaventurados los pobres, etc. » [Mt 5, 3]; < acudid a mí todos los que estéis cansados y cargados » [Mt 11, 28]. Y los apóstoles recurren a las expresiones de «exhorto, ruego, pido». Por todo ello, podéis ver que el evangelio no es un código legal, sino únicamente un sermón de los beneficios de Cristo, que se nos dirige y se nos da para que creamos en él, y sólo para esto. Por el contrario, Moisés en sus libros impele, obliga, grita, golpea y castiga, para amedrentar, ya que él es un legislador y un conductor (WA 6.714).

[La Biblia, no la glosa]

54. Se lamentaba en cierta ocasión el doctor Lutero por la multitud de libros que había, de forma que daba la sensación de que el escribir no conocía medida ni límites, que todo el mundo estaba ansioso de escribirlos, y dijo: «Algunos lo hacen por deseo de gloria, de llegar a ser famosos y renombrados. Otros lo hacen guiados por el gusto o por ganar dinero, y contribuyen de esta forma a esta calamidad. De la misma manera, el aluvión de comentarios y de libros ha soterrado y enmarañado a la Biblia hasta tal extremo, que resulta sobremano difícil percibirla. Antes, en todos los estudios de artes y facultades, los mejores eran los que con mayor perfección conocían el texto y en él se basaban (un buen jurista es quien se ha ejercitado en el texto y lo domina); pero ahora, enseguida se acoge la gente a los escritores y comentaristas. Cuando yo era joven, me acostumbé a la Biblia, la leía con mucha frecuencia y me familiaricé con el texto; llegué a conocerle tan a la perfección, que sabía dónde se hallaba cada sentencia y adónde acudir para encontrarla si había que hablar de ella. Era, por tanto, un buen "textualista". Después empecé a leer a los "comentaristas"; pero como mi conciencia no andaba muy tranquila con este sistema, tuve por fin que prescindir de ellos y me limité a saciarme de Biblia, porque es mucho más recomendable ver con los ojos propios que con los ajenos.

Por este motivo, y para evitar el mal ejemplo, me gustaría que todos mis libros se enterraran nueve varas bajo tierra, no vaya a suceder que a alguno que quiera hacerse famoso le dé por imitarme en esto y por escribir muchos libros. No, que Cristo no murió para satisfacer nuestra honra vana, para que adquiriésemos nosotros honor y fama, sino sólo para que su nombre fuese santificado» (WA 4.691).

[El delicioso Juan Evangelista]

55. Es extremada la sencillez de Juan, pero es inefable. Fijaos cuando dice «quien tiene al Padre posee al Hijo» y «la ley fue dada por Moisés, pero la verdad por Cristo» (Jn 2, 23; 1, 17).

56. Juan es muy sencillo y habla también con sencillez. Ahora bien, hay que fijarse mucho en lo que un hombre así dice. Una palabra de Juan vale por cien. Cuando escribe: «Llegó a una ciudad de Samaria que se llamaba Sicar y hablaba con una mujer» [Jn 4], «El Padre honra al Hijo», etc. [Jn 5, 19 ss], aparentemente trasmite palabras dormidas; pero cuando se las desvela, se las destapa y se las medita con cuidado, entonces es cuando recobran su valor. Estoy convencido de que esta sencillez de Juan es lo que más desagrada a Erasmo; debe pensar que no habla al estilo de Homero y de Virgilio, ni siquiera como nosotros, y por eso le sentencia según la razón. Pero Dios sigue otras normas en sus juicios (WA 699).

57. San Juan Evangelista habla majestuosamente con palabras sencillas, cuando dice: «En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba en Dios, y Dios era la Palabra, y ésta en el principio estaba en Dios. Todas las cosas se han creado por ella, y sin ella no se ha hecho nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la luz, y la vida era la luz de los hombres. La luz apareció en medio de las tinieblas, y la tiniebla no la comprendió» [Jn 1].

Fíjate con qué sencillez, como con un trazo rápido, describe a Dios creador y a las creaturas. Si un filósofo o un gran sabio tuviera que describir esto mismo, lo haría con palabras admirables, ampulosas, elevadas; hablaría altisonantemente «del ente y de la esencia», «de la divina y celestial potencia», de forma que nadie le entendería (WA 2.779b).

5. Lutero y los padres

58. Jerónimo no es ni teólogo ni orador, sino que se parece al suabo Altenstein⁶. Gracias a sus disputas con los pelagianos se convirtió Agustín en un estupendo y fiel defensor de la gracia. Gregorio es un leproso de ceremonias, y hasta llegó a establecer que pecaba mortalmente el que hiciese una ventosidad. Ambrosio es un defensor claro de la fe y atacó la confianza en las obras; si hubiese aguantado algo más a los contradictores pudiera haber llegado a ser el primero de todos (WA 51).

59. Los santos padres escribieron muchas cosas pías y saludables, pero hay que saber leerlos con discreción. Hilario y Agustín, espoleados por los herejes, dijeron verdades preclaras sobre la trinidad y la justificación. Nazianceno no significa nada. Gregorio es un monje. Cipriano un hombre pío. Tertuliano, Ireneo, sólo recitaron historias. Lactando, según el testimonio de Agustín, trató temas fuera del caso. Nada hicieron en tiempo de paz, pero en la lucha se mostraron valerosos. Bernardo podría ser único por el amor que tuvo a Jesús, pero en las disputas no es el mismo. Los maniqueos provocaron a Agustín para que escribiese tan bien. Esto no lo entienden los papistas, y dicen que habló en exceso; ha escrito cosas demasiado elevadas (WA 5.439).

⁶ Juan Altenstein, personaje oscuro, maestro de la escuela agustina de Polling h. 1509.

60. Mirad, queridos amigos, la enorme oscuridad que en los escritos de los padres se cierne sobre la fe. Y cuando el artículo de la justificación está envuelto en la oscuridad, es imposible evitar los errores más groseros. Jerónimo escribió sobre Mateo, las epístolas a los Gálatas y a Tito, pero ¡con qué frialdad! Ambrosio escribió seis libros sobre el primero de Moisés, pero ¡que poco consistentes son! Agustín no dijo nada especial sobre la fe hasta que se vio precisado a combatir contra los pelagianos, que fueron quienes le despreciaron y le hicieron dar la medida de su capacidad. Es cierto que los padres enseñaron mucho y bien, pero sólo pudieron hacerlo públicamente durante sus luchas y enfrentamientos. A pesar de ello, no existe exposición alguna sobre las epístolas a los Romanos y a los Gálatas en la que se transmita la doctrina pura y correcta. ¡Oh tiempos dichosos los nuestros, que pueden disfrutar de la verdadera enseñanza! Y, sin embargo, no hacemos caso. Los padres vivieron mejor que escribieron.

Pero el papa, con sus tradiciones dañinas y humanos estatutos, se ha precipitado como un nublado, como un diluvio universal, que ha anegado a la iglesia, ha encadenado las conciencias a los alimentos, a capuchas, misas, a su porquería, a sus leyes conminatorias. Día tras día ha ido introduciendo errores monstruosos y ha llegado al extremo de apropiarse el dicho de san Agustín: «No daría fe ni al mismo evangelio si la iglesia no lo hubiera aceptado, etc.», y «Yo, el papa, soy la cabeza de la iglesia; donde yo estoy, allí está también la iglesia, etc.», cuando únicamente tiene que ser siervo y servidor de ella. Estos cabeza de borrico no se dan cuenta del motivo de estas palabras de Agustín: habla contra los maniqueos, como si quisiera decir: «No os creo, porque sois unos herejes condenados; en cambio, la iglesia, esposa del señor Cristo, no puede errar; a ella me atengo» [...] (WA 3.984).

61. Desde el momento en que logré la comprensión de Pablo, me ha sido imposible hacer caso a ningún otro doctor. Se han tornado ¿n muy poca cosa para mí. Al principio, no es que leyese, devoraba a Agustín. Pero en cuanto se me abrieron las puertas de Pablo y supe en qué consistía la justificación por la fe, prescindí de él. Sólo dos sentencias insignes se encuentran en todo Agustín. Primera: «El pecado se perdona, no en el sentido de que deje de existir, sino porque no condena y es dominado», y la otra: «La ley se cumple cuando se perdona su incumplimiento». Los *Libros de las confesiones* nada enseñan; sólo sirven para enfervorecer, contienen únicamente ejemplos, pero no enseñan nada. San Agustín fue un pecador pío; sólo tuvo una amantuela y un hijo; no se enoja. San Jerónimo, al igual que todos nosotros, como yo, el doctor Jonas, Pommer, todos, es un colérico. No conozco a ninguno de nuestros doctores (salvo, quizá, a Brenz y Justo Menio) que pueda compararse en ingenio con Agustín (WA 347).

6. Los sacramentos

[Papistas y sacramentarios]

62. Los papistas, en lo que se refiere a la doctrina sacramental, yerran por inclinarse demasiado a la derecha; conceden mucho al sacramento, al afirmar que justifica *ex opere operato*. Los sacramentarios se equivocan por desviarse demasiado a la izquierda y quitar toda virtualidad al sacramento. Y si uno se cae del barco, ya sea por delante o por detrás, es seguro que se va al agua (WA 314).

[Sigilo de la confesión]

63. Murió el prior del monasterio, y él⁷ le sucedió. Ocupó su habitación y, en cierta ocasión, encontró en un envoltorio algunas anotaciones personales. Al abrirlas, leyó: «Pequé también con la vista». Inmediatamente se dio cuenta de que se trataba de una confesión escrita. No quiso leer ninguna carta más, y tiró todo al fuego (WA 241).

64. Preguntó uno: «Señor doctor, si un párroco absuelve a una mujer que mató a un hijo, y después se divulga por otros lo sucedido, ¿puede el párroco, si es interrogado, testificar sobre ello ante el juez?». « De ninguna manera -repuso el doctor-. Hay que distinguir los fueros. Ella no me dijo nada a mí, sino a Cristo; y si Cristo cela el secreto, tampoco yo estoy obligado a declarar que me he enterado de algo. Si Cristo oyó alguna cosa, que la diga. Sin embargo, en la absolución podría decir yo en secreto a la mujer: Anda, puta, y no lo vuelvas a hacer» (WA 5.178).

65. Hay que enseñar que la confesión no se hace a un hombre, sino a Cristo. Y que no es un hombre, sino Cristo, el que absuelve. Pero son escasos los que acaban de entender esto. Precisamente hoy he respondido a los bohemios⁸, que defienden que sólo Dios perdona y que se han molestado con mi libro sobre las llaves. Por eso, hay que proclamar que es Cristo a quien se confiesa, y él el que absuelve por boca del ministro. La boca del ministro es la boca de Cristo, y su oído el de Cristo. Hay que atender a la palabra y al mandato, no a la persona. Es Cristo -no un hombre- el que está allí sentado, el que escucha, el que contesta (WA 5.176).

[El matrimonio, universal y natural]

66. El matrimonio está inmerso en toda la naturaleza, porque en todas las creaturas se da el macho y la hembra. También los árboles se maridan, lo mismo que las perlas. Incluso entre las rocas y las piedras se da el matrimonio (WA 7).

[El primer y segundo amor]

67. La mejor gracia de Dios es que en el matrimonio los casados se quieran de todo corazón y con amor firme y perdurable. El amor de primera hora es fecundo y fuerte; nos ciega y lanza como borrachos. Pero cuando hemos dormido la borrachera es cuando en los temerosos de Dios queda el amor honrado y en los impíos el pesar (WA 3.530).

[La bendición de los hijos]

68. El cohabitar es algo que se puede satisfacer con facilidad, aunque sea en la prostitución. Pero los hijos, los hijos son la más preciada prenda del matrimonio. Estrechan y sostienen el lazo del amor. Son el más hermoso vellón de las ovejas (WA 3.456).

[Cómo criarlos]

69. La leche materna, por su valor nutritivo, es el mejor alimento, la mejor bebida y comida de los niños. Al igual que engordan más los terneros por la leche que maman que por todos los demás piensos, de la misma forma se crían más robustos los niños que lactan durante largo tiempo.

Los pechos son una joya de la mujer cuando guardan sus debidas proporciones. No son los más envidiables los opulentos y carnosos; no sientan bien, prometen mucho y dan poco. Pero los pechos plétóricos de venas y nervios, aunque sean reducidos, sientan muy bien a las mujeres menudas y tienen mucha leche para que puedan amamantar a niños numerosos.

En otra ocasión dijo el doctor Lutero: La leche de la madre es lo mejor y más sano para las criaturas, porque están acostumbradas al seno materno. Y la experiencia muestra que cuando el

⁷ Se refiere a 1512, cuando fue superior de los agustinos de Wittenberg

⁸ Carta a Krajjet, 24 agosto 1540 (WA Br 9, 218).

niño tiene un ama de cría robusta, instintivamente tiende hacia ella. Por tanto, no está bien, ni es natural, que una madre prescindiera de amamantar a su hijo, puesto que para ello le regaló Dios los pechos y la leche. No obstante, si el amamantar no es posible, «la necesidad no tiene ley», como reza el proverbio (WA 1.554).

[Y las dificultades]

70. En el año 1542 fue el doctor Martín a ver a una princesa y tratar de reconciliarla con su marido. Cuando regresó dijo: ¡Qué trabajo y cuántas molestias acarrear los « casos matrimoniales»! Mucho cuesta unir a los casados, pero cuesta más aún la perseverancia en la unión. La caída de Adán ha ensuciado, corrompido y envenenado a la naturaleza humana de tal forma, que la ha hecho de lo más voluble y tan inconsistente como el azogue. ¡Qué hermosa es la compañía de los casados en la mesa y en el lecho! A veces se quejan y rezongan, pero no hay que apurarse, porque esto no es lo corriente en el matrimonio, sino algo transitorio y que hay que saber pasar por alto (WA 3.675).

71. El día de año nuevo, el niño pequeño del doctor Martín Lutero lloraba y gritaba de tal forma, que no había fuerzas humanas que pudieran calmarle. Durante una hora entera estuvieron preocupados y acongojados la mujer y el doctor, quien, con este motivo, dijo: Esto es lo más molesto y gravoso del matrimonio, y por lo que normalmente se le teme, se espanta ante él y se prefiere vivir soltero. Todos tenemos miedo al carácter extraño de las mujeres, a los gritos y chillidos de los pequeños; nos preocupan los gastos crecidos que acarrear, los vecinos incómodos, etcétera. Por eso preferimos vivir sin ataduras, pues, al estar libres, podemos hacer lo que nos venga en gana, andar con prostitutas, despreocupados, etc. Y también por este motivo, ningún padre ha escrito nada que merezca la pena sobre el estado matrimonial.

San Jerónimo se convirtió en un perfecto «guardián» y escribió cosas bastante repugnantes, por no decir nada cristianas, sobre el matrimonio. Al hablar de él se fijan sólo en la voluptuosidad, como si se acogiese uno al matrimonio únicamente por el acicate de la carne; como si por evitar una mínima incomodidad se sumergiese en un mar de lascivia y de concupiscencia pecaminosa. Sólo san Agustín escribe favorablemente sobre el matrimonio, al decir: «quien no pueda vivir castamente, que tome una mujer y se presente tranquilo al juicio del Señor», y « si alguien quiere casarse, no impulsado por el deseo de tener hijos, sino por necesidad, es decir, porque no puede contenerse ni vivir castamente, tenga en cuenta que esto entra dentro de la remisión de los pecados en virtud de la fe y de la fidelidad matrimoniales», etcétera. El buen padre no pudo decir « en virtud de la fe y de la palabra».

Mas, por un don extraordinario y gracias a su palabra, en estos últimos tiempos se ha dignado Dios salir por los fueros del matrimonio, de la autoridad y de la predicación, tal como originariamente fueron establecidos, de forma que podemos ver como auténtica ordenación divina lo que hasta ahora era solo una apariencia. Los casados creían que el lazo que les unía establemente entre sí era una costumbre consagrada por el uso y por el tiempo, mejor que algo ordenado por Dios. Tampoco la autoridad civil tenía conciencia de constituir un servicio divino; creía que su ejercicio se hallaba condicionado a determinadas ceremonias. De la misma manera, la predicación no era más que un disfraz entretejido de capuchas, tonsuras, unciones, etcétera.

7. La oración del cristiano

72. El cristiano está en actitud de oración siempre e ininterrumpidamente. Aunque no rece con la boca, está orando en su corazón, ya duerma ya esté en vela. Porque hasta el más imperceptible suspiro de un cristiano constituye una oración. Siempre que suspire rezará, como dice el Salmo

12 [5] : «Me levantaré ante el suspiro de los pobres, palabra de Dios», etc. De la misma manera, también carga constantemente el cristiano con la cruz santa, incluso aunque no tenga conciencia de ello en todo momento (WA 2.819).

73. Nadie que no lo haya intentado y experimentado puede darse cuenta de lo fuerte, reconfortante y poderosa que es la oración. Es algo estupendo poder acogerse a ella cuando se encuentra uno agobiado por la necesidad. Muy bien sé yo que cuando he rezado en serio siempre he sido escuchado y se me ha concedido más de lo que había pedido. Es cierto que a veces Dios se ha retrasado, pero siempre ha acudido después. Dice Jesús Sirach: «La oración del piadoso resulta más eficaz para la salud que los remedios de los médicos» [cf. Eclo 38, 1-8] (WA 886).

74. Se encontraba una mujer en los dolores de parto y a punto de agonizar. La estaba consolando y animando a la plegaria, pidiendo a Dios con ella que se dignase concederle fortaleza.

La ventaja que tenemos consiste en que nuestra oración siempre será escuchada. No sucederá conforme a nuestro deseo, sino conforme a la voluntad divina, que es mucho mejor que la nuestra. Si no estuviera yo convencido de que nuestra oración ha de ser atendida, no sería yo, sino el diablo quien rezase en lugar mío. ¡Oh, gran cosa es la oración del justo!, como dice Santiago [5, 16]. Ahora bien, Dios sabe perfectamente cuándo y cómo tiene que atendernos. Si siempre se viera precisado a hacer lo que nosotros queremos, entonces sería nuestro cautivo, me tendría que haber devuelto esta mujer; sin embargo, mejor sabía él lo que era más conveniente, y ha escuchado nuestra oración de tal forma, que la buena mujer me lo estará agradeciendo en la otra vida. El diablo a veces puede matar a una criatura y a una mujer, porque a cambio nacerán cincuenta (WA 2.742b).

75. Rezaba su mujer: «Señor Dios, concédenos la lluvia», y el doctor añadió: «Claro, Señor Dios, ¿por qué no nos vas a hacer caso? Ya ves que somos honrados: perseguimos a tu palabra, matamos a tus santos, somos avaros, usureros, malévolos; lo tenemos bien merecido» (WA 4.859).

76. Preguntó la doctora: «Señor doctor, ¿por qué cuando éramos papistas orábamos con tanto fervor y tan frecuentemente, y ahora lo hacemos tan pocas veces y con tanta frialdad?». « Es que -contestó el doctor- el diablo nos empuja con fuerza. ¡Animo, ánimo! Que él se hace fuerte en los suyos. En cambio, ya nos está llamando el Espíritu santo, está moviendo nuestros sentimientos, pero se enfría, al ser nosotros malos» (WA 4.918).

8. Las fobias de Lutero

[El demonio]

77. Estoy convencido de que el demonio habita en los loros y papagayos, en los simios y en los cercopitecos, por esa rara habilidad que tienen para imitar a los hombres (WA 5.158).

78. Salió a colación Satanás, su poder y la soberbia que le impulsaba a luchar contra Dios y contra todas las creaturas. Que por eso la iglesia entrega a los impíos e impenitentes a Satanás [1 Cor 5, 5], quien, por divina permisión, los mata o al menos los aflige con calamidades varias. Por eso existen aún muchas regiones en las que habitan los demonios. Prusia está llena de demonios y Laponia de hechiceros. También en Suiza, cerca de Lucerna, en un monte altísimo, hay un lago que se llama «Alberca de Pilato»; ahí está, furioso, Satanás. Dijo también Lutero que en su patria, en el monte Pubelsberg, hay un lago que, si se le lanza una piedra y se remueve, se desencadena

una tempestad enorme por toda la región. Son las habitaciones de los demonios, que están cautivos en ellas (WA 3.841).

79. Cristo vino una vez en forma visible a la tierra, moró entre nosotros y permitió que contempláramos su majestad; por un sabio designio realizó la obra de la salvación del género humano. No deseo que retorne ni que me envíe ningún ángel. Incluso, aunque descendiera un ángel del cielo y se me mostrase visiblemente ante mis propios ojos, no le habría de creer, porque poseo las credenciales y el sello de mi señor Jesús, es decir, su palabra y su sacramento. A ellos me agarro y no quiero ninguna revelación más.

Y precisamente porque el doctor Martín Lutero se había mantenido en la pura palabra de Dios, porque había permanecido asido a ella y no había querido dar fe a visión alguna, nos contó el suceso siguiente. En una ocasión se encontraba en su habitación orando intensamente y meditando cómo Cristo había sido crucificado, había padecido y muerto por nuestros pecados, cuando advirtió en la pared un claro resplandor, y en él a Cristo, aparecido en majestuosa figura, con las cinco llagas. Al verlo, creyó el doctor que se trataba del mismo Cristo señor en forma corporal, y por eso, su primer pensamiento fue que se trataba de algo bueno. Pero enseguida recapacitó, y se dio cuenta de que tenía que ser el espectro del demonio, ya que Cristo se nos revela en su palabra y en forma humilde, abatida, tal como estuvo colgado y humillado en la cruz. Por eso, el doctor increpó a la figura: «Vete de ahí, oprobio del diablo. Yo sólo conozco al Cristo que fue crucificado y que se manifiesta en su palabra». Y al momento desapareció la figura, que no era otra que la del demonio encarnado [...] (WA 610).

80. Es muy difícil conocer a Satanás en las luchas de conciencia, porque se transmuta en ángel de luz y en la persona de Dios; pero, después que se le reconoce, puedo decir con la mayor facilidad: «chúpame el culo, etc.» (WA 83, 2.059).

81. El artículo de la remisión de los pecados es el más importante de todos y el más consolador. A Satanás le resulta el más odioso y pésimo. Por eso, Pablo tiene siempre a flor de labios gracia, gracia, gracia, a despecho del diablo (WA 82).

82. Por experiencia puedo enseñarte la forma de adiestrar tu alma para vencer las tentaciones. Cuando estés tentado por la tristeza, la desesperación u otra aflicción de tu conciencia, entonces come, bebe, busca conversación. Si puedes recrearte con el pensamiento de una joven, hazlo. Hubo un obispo que tenía una hermana en un monasterio y que se veía turbada por algunos sueños en relación con su hermano. Acudió a éste, y se quejó de estar atormentada por sueños malignos. El hermano preparó una cena succulenta y animó a su hermana para que comiera y bebiera. Al día siguiente le preguntó si le habían molestado aquellos sueños. «No -respondió ella-, he dormido muy bien y no he soñado nada». «Pues anda, vete, y lo que tienes que hacer es preparar tu cuerpo contra el odio de Satanás; verás entonces cómo cesan tus malos sueños».

Pero, bien entendido, que a otros les dará mejor resultado acudir a remedios distintos. A mí me va muy bien la bebida generosa, pero no me atrevería a aconsejárselo a los jóvenes, para no fomentar la libidine. A unos les va mejor el ayuno, a otros las bebidas. Como dice Agustín en su *Regla* con tanta prudencia: «No procedáis todos del mismo modo, porque no todos tenéis la misma salud». Pues lo que él dice del cuerpo, lo podemos aplicar a las enfermedades del alma (WA 122).

83. Satán es el espíritu de la tristeza; por eso no puede proporcionar alegría y por eso mismo le desagrada la música. Valiéndose de ella alivió David a Saúl (WA 194).

[Los turcos]

84. El papa y el turco constituyen al alimón la persona del anticristo, porque la persona está formada de cuerpo y alma. El espíritu del anticristo es el papa, su carne el turco, puesto que éste

devasta corporalmente a la iglesia y aquél lo hace espiritualmente. Los dos, sin embargo, pertenecen a un mismo señor, el diablo, al ser el papa un mentiroso y el turco un homicida. Reduce a la unidad al anticristo, y encontrarás ambas cosas en el papa. Pero al igual que la iglesia apostólica vence sobre la santidad de los judíos y la potencia de los romanos, de la misma forma seguirá venciendo en nuestros días la hipocresía del papa y la potencia del turco y del emperador. Lo único que tenemos que hacer es orar (WA 3.055 ab).

85. En el aspecto religioso, el turco y el papa se diferencian sólo por las ceremonias. Aquél observa las ceremonias mosaicas, éste las cristianas. Ambos degradan esas observancias, porque al igual que el turco lacera los lavatorios de Moisés, así el papa ensucia el recto uso del bautismo y de la eucaristía (WA 1.095).

86. Un ciudadano distinguido, Schmaltz de Hagenau, que formó parte de la legación a los turcos, refirió a Lutero que el propio señor de los turcos se había interesado por él y había interrogado acerca de su edad. Como se le dijera que tenía cuarenta y ocho años, se cuenta que respondió: «Me gustaría que fuese más joven; en mí encontraría un gracioso señor». Y Martín Lutero, persignándose, respondió: «Dios me guarde de este gracioso señor» (WA 2.537 b).

87. Estaba sentado a la mesa, meditabundo, el día 28 de junio de 1532. Por fin rompió a hablar: Pensaba en los turcos, y me decía: «Si yo fuera Sansón, enseguida remediaría todo el problema; mataría diez mil turcos por día, lo que arrojaría trescientos cincuenta mil en un año». Como alguno de los comensales sugiriese que en tiempos de Sansón no había bombardas, repuso: «Ya, pero yo cuento con mi extraordinario padrenuestro» (WA 289).

[El papa]

88. Aclaró la etimología de su apellido: Lyder, no Luther, que tiene que escribirse con u francesa; Lydewig, Lyder, Lydegarius, Lytringen, que fueron quienes en otro tiempo devastaron a Roma (WA 3.498).

89. Hay que distinguir muy bien entre la doctrina y la vida. Nosotros vivimos mal, como mal viven los papistas. No luchamos contra los papistas a causa de la vida, sino de la doctrina. Huss y Wyclif no se dieron cuenta de esto, y sólo atacaron la conducta de los papistas. Personalmente no digo nada particular sobre su forma de vivir, sino sobre la doctrina. Mi quehacer, mi combate, se centra en saber si los contrincantes transmiten la doctrina verdadera. Los demás han fustigado sólo la conducta, pero cuando se ataca la doctrina es cuando se agarra al ganso por el pescuezo. En concreto: si afirmamos que el reino y oficio del papa, de las mamarrachadas de los obispos, clerizontes y frailes no está fundado en derecho, es malo y nada virtuoso, estamos diciendo sencillamente que tampoco su vida es buena. Por el contrario, donde se halle la palabra incontaminada, se vivirá correctamente, aunque se cometan faltas.

Todo radica en la palabra; en esa palabra que el papa nos ha robado, falseado y embadurnado para trasmitirla desfigurada a la iglesia. Con esta estrategia he combatido contra el papa y le he vencido, probando que yo enseño la verdad, que mi doctrina es divina y cristiana, y la suya, al contrario, no tiene nada de cristiana y es diabólica. Aunque nuestro comportamiento externo sea algo más piadoso que el de los papistas, sin embargo no quiero expresar este argumento de forma especial; quiero reducirme sólo a la doctrina. Y esto es lo que acabará acogotando al papa (WA 624).

90. El motivo primordial por el que he atacado al papado estriba en que el papa se vanagloriaba de ser la cabeza de la iglesia y condenaba a cuantos rehusaban someterse a su autoridad y a su poder. Pretendía, y afirmaba, que aunque Cristo fuese la cabeza de la iglesia, también había que aceptar una cabeza visible en la tierra (lo que hubiera aceptado yo de buen grado, si él hubiera enseñado el evangelio puro y limpio. en vez de enseñar futilidades humanas,

mentiras y asnales pedorreras); además, usurpó el poder sobre la iglesia sagrada, sobre la Escritura santa y sobre la palabra de Dios. Nadie que no fuera él, y no lo hiciera según su cabeza de borrico, podía exponer la Escritura. Después se constituyó en señor de la iglesia, a la que proclamó como señora poderosa y emperadora de la Escritura, ante la que había que apartarse y a la que se tenía que obedecer. Y esto no era posible aguantarlo. Aún en nuestros días se amparan en ello los adversarios; reconocen que nuestra doctrina es verdadera, pero la rechazan porque no ha sido aceptada ni confirmada por el papa (WA 2.962).

91. La cólera más temible de Dios es que prive a los hombres de su palabra o que permita que la desprecien. A los griegos, por despreciarla, les quitó la palabra y les dio en cambio al turco y a Mahoma; a nosotros y a los italianos nos ha dado el papa, y con él la más horrible de las calamidades, como es la negación de la fe y el papado entero (WA 906).

92. Decía el doctor Martín Lutero: El cuclillo tiene la habilidad natural de sorber los huevos de la curruca y de colocar en el nido de ésta los suyos propios, que son empollados por la curruca. Cuando los cuclillitos han salido del cascarón y han crecido, la curruca no puede cubrirlos; por eso se rebelan y devoran a su madre la curruca. Y este es el motivo de que el cuclillo no pueda aguantar al ruiseñor. Y añadió el doctor Lutero: El papa es el cuclillo; quiere chupar los huevos de las iglesias y caga en cambio vanidosos cardenales; después quiere devorar a su madre la iglesia, dentro de la cual ha nacido y se ha criado. Por eso no puede aguantar las canciones, la predicación, la doctrina de los maestros piadosos, cristianos y rectos (WA 4.892).

93. [Con motivo de la elección de Adriano vii los de Utrecht construyeron un arco de triunfo para halagar al emperador. En una parte habían puesto este letrero: « Utrecht ha plantado», porque allí había nacido el papa Adriano. En otra: «Lovaina ha regado», aludiendo al lugar de sus estudios. Arriba: « El emperador ha hecho que florezca y crezca», ya que el emperador Carlos fue quien le hizo papa. Entonces llegó otro y escribió en la parte inferior del arco: «Aquí Dios no ha hecho nada» (WA 5.538).

94. El mundo se empeña en no tener a Dios por Dios ni al diablo por diablo; por eso se ve constreñido a aguantar a sus vicarios, es decir, al falso vicario de Dios y verdadero vicario del demonio que es el papa. El papado es el reino de los impíos, para que obedezcan a la fuerza a un hombre perverso quienes no quisieron obedecer a Dios de buen grado (WA 65).

95. Si el papa arrojase la tiara, se apease de su sede y del primado, y confesara que ha errado, perdido a la iglesia y derramado sangre inocente, entonces le acogeríamos en la iglesia; de otra manera, será siempre para nosotros el anticristo.

Estaba el doctor enfermo en Schmalkalda. Al perder ya toda esperanza de vida y agravarse, dijo a los hermanos estas palabras de despedida: «Después de mi muerte, conservad sólo una cosa: el odio contra el romano pontífice» (WA 5.310).

9. Lutero y su contorno histórico: problemas, hombres y países

[Malos tiempos]

96. El doctor Martín Lutero: Este año de nuestra salvación 1540, de Mahoma 940, del papa 960, este año hace el 5.500 de la creación del mundo; por eso es de esperar que tenga lugar el fin del mundo, puesto que no se ha de completar el sexto milenio, al igual que no se completaron los tres días de Cristo muerto (WA 5.813).

[Dinero y usura]

97. El dinero es la palabra del demonio; de él se vale para hacer todo en el mundo, de la misma manera que Dios lo realiza por la palabra verdadera (WA 391).

98. Hay que conceder algo a la epikeia. El valor de los capitales ha subido no poco, y por eso pueden explotarse hoy día mucho más. En consecuencia, por mi parte permito lo que el derecho y el emperador permiten: un 5 ó 6V.. Pero es una exageración operar con el 20, 30 y 40%. Wollensecker debe estar bien reputado; sin embargo, toma al 20%, y opera con ello luego al 40%, lo que es demasiado. Ahí tenéis al doctor Lóssel, que es doctor en derecho y sin embargo, tal como he oído, hace que 10.000 al año le produzcan 4.000. Me referí entonces al caso de Nevio y dije: «En Bohemia existe la pública costumbre, aprobada por el monarca y por los nobles, de prestar a un 10%, mientras la nuestra es de recibir al 6%». « Si las leyes lo permiten, ¿qué le voy a hacer? -dijo el doctor-; hay que recurrir a la epikeia» (WA 4.875).

[Colectivismo]

99. La comunidad de bienes no es una cosa natural. No está mandada, sino permitida; y aunque fuese un mandato, no se podría observar a causa de la corrupción de la naturaleza: habría muchos más para consumir que para producir, y resultaría gran confusión (WA 4.103).

[Mendicidad]

100. Se dice de san Martín que en un viaje que hizo curó a todos los enfermos. Se enteraron de ello un ciego y un cojo y se escaparon al acercarse el santo, porque preferían seguir viviendo de la mendicidad (WA 3.602).

[Los borrachos]

101. Se querellaba el doctor contra su Polner, que estaba borracho: «Por vuestra culpa tengo mala fama en el exterior; los enemigos andan espíandome, y en cuanto permito algo enseguida llega su noticia a Roma. ¿No te das cuenta de lo que me perjudicarías a mí, a esta casa, a la ciudad, a la iglesia y al evangelio de Dios, si durante tu ebriedad hicieses algún daño? Además, otros borrachos, como mi padre, son alegres y tranquilos; cantan, gastan bromas; pero a ti te da por ponerte furioso. Hombres como tú tendrían que huir del vino como del veneno, porque para naturalezas como las vuestras el vino es la más eficaz de las ponzoñas. Los hombres alegres pueden beber más de la cuenta de vez en cuando» (WA 5.050).

[Naciones y europeos]

102. Los alemanes tienen además de gladiador, paso de gallina, semblante indómito, voz bovina, costumbres feroces, indumentaria suelta y abombada.

Los franceses tienen semblante muelle, andares moderados, rostro blando, voz dulcisona, el discurso fácil, costumbres modestas, vestido amplio.

Los españoles tienen andares, costumbres y semblante festivos, rostro altivo, hablar triste, discurso elegante y el vestido exquisito.

El italiano tiene andares tardos, gestos graves, semblante inconstante, voz remisa, discurso capcioso, magníficas costumbres, vestido compuesto.

En el canto, los alemanes ululan, los franceses modulan, los españoles gimen, los italianos balan.

En la oratoria, los alemanes duros y sencillos, los franceses expeditos y soberbios, los españoles cultos y jactanciosos, los italianos graves y astutos.

En los consejos, los alemanes útiles, los franceses desconsiderados, los españoles astutos, los italianos cautos.

En el comer, los alemanes desaliñados, los franceses copiosos, los españoles delicados, los italianos limpios.

En la conversación, los alemanes imperiosos e intolerables, los franceses mansos, los españoles cautos, los italianos prudentes.

En amores, los alemanes ambiciosos, leves los franceses, los españoles impacientes, los italianos celosos.

En los odios, los alemanes vengativos, los franceses amenazadores, pertinaces los españoles, los italianos ocultos.

En los negocios, los alemanes trabajadores, solícitos los franceses, vigilantes los españoles y cicunspectos los italianos.

En la malicia, los alemanes atroces y venales, los franceses magnánimos y precipitados, los españoles astutos y rapaces, los italianos valientes y crueles.

Se distinguen los alemanes por la religión y artes mecánicas, los franceses en la educación, los españoles por la navegación y los italianos en literatura (WA 4.857).

[Los monarcas]

103. En cierta ocasión confiaba Maximiliano al rey de Inglaterra: «Al rey de Francia se le llama "Cristianísimo", y con ello se comete una injusticia, porque jamás hizo nada cristiano. A mí se me conoce por "Invictísimo", y tampoco es justo, porque he sido derrotado en bastantes ocasiones. Al papa se le llama "Santísimo", y también es injusto, porque es el pillo más grande que pisa la tierra. A vos se os llama riquísimo, y es la verdad».

Como en otra circunstancia contase el doctor que el embajador turco en Venezia había llamado al rey francés «hermano carísimo de su señor» y que les había obsequiado con dos hermosos caballos, comentó: Debiera llamarse con toda razón «turquísimo» el que antes se llamaba «Cristianísimo». No obstante, puede denominarse así sin injusticia: lo mismo que Africano recibió este nombre por haber derrotado a Africa y Cartago, se le llama a él «Cristianísimo» por los muchos cristianos a los que ha dado muerte (WA 5.416).

[«Nacionalismo» alemán]

104. Si Alemania estuviera regida por una sola cabeza y una sola mano, sería invencible y tendría un señor con todas las de la ley. El emperador Otón consiguió dominarla casi por entero. Si hubiera alguien que pudiera hacerse con ella completamente, resultaría invencible, porque posee buenas regalías, minerales, ciudades, tributos, bosques, plata, soldados. Puede mantener en pie de guerra 50.000 hombres (WA 3.583).

[Su Sajonia]

105. Se preguntaba después Lutero por la causa de gustarle más esta región desolada y desértica que Suiza. Y añadió: Me parece que nuestra región es el lugar al que la Escritura llama «tierra desierta, improductiva y acuosa; aquí me hice patente a ti» [Ez 19, 13]. Esta es la pintura real de nuestra tierra. En lugares como el nuestro es donde Dios se manifiesta (WA 3.837).

[Erasmus]

106. Erasmo es una anguila y nadie que no sea el propio Cristo puede agarrarle. Es un hombre de doblez. El duque Federico, en Colonia, le preguntó por qué se había condenado a Lutero, en

qué había pecado, y Erasmo respondió: «Mucho pecó; se metió con los vientres de los frailes y la corona del papa». Federico dijo a Spalatino: «Es un tipo muy especial; no se puede saber por dónde va a salir». Y es que se dio cuenta enseguida de su malicia. Fue una astucia rara de Satanás que cautivase al mundo con ocasión de denunciar las abominaciones del papa. Después, envenena a la juventud con su Coloquía y las opiniones nefastas en ellos sembradas. Dios nos guarde de él. Es un consejo astuto de Satanás (WA 131).

107. Erasmo de Rotterdam escribió mucho estupendamente, por la sencilla razón de que estuvo dotado de ingenio, tuvo tiempo, no le molestó nada, no tuvo obligación alguna, no predicó, no dictó lecciones, no tuvo que correr con el cuidado de una casa, pasó su vida sin Dios, vivió en la mayor seguridad. Y así murió también, porque cuando estaba en la agonía no pidió ningún ministro de la palabra ni solicitó los sacramentos; sus palabras postreras cuando estaba para expirar, «Hijo de Dios, apiádate de mí», son una suposición. Dios me libre de que en mi último instante no solicite la presencia de un ministro piadoso; es más, daría gracias a Dios dondequiera que pudiese encontrar a otro. Ese hombre aprendió esas cosas en Roma. No obstante, conviene no divulgar todo esto, a causa de su autoridad y de sus libros (WA 4.028).

[Carlos y Fernando]

108. Salió a colación Fernando y dijo el doctor: Fernando es la perdición de Alemania. Esto lo predijo su padre Maximiliano, que era astrólogo, y al contemplar el horóscopo del hijo, se cuenta que comentó: «Lo mejor que le hubiera podido suceder habría sido el morir ahogado en la pila del bautismo». Y las predicciones paternas son verdaderas profecías. También Erasmo emitió un juicio certero acerca de los dos; cuando ambos eran niños dijo: «Estos dos pollos acarrearán grandes males a Alemania»⁹ (WA 5.389).

109. Fernando es rey de Hungría *privative*, de Bohemia *participative* y de Alemania *imaginative* (WA 998, 2.590).

110. Dios obró maravillas en los dos hermanos máximos, Carlos y Fernando, porque en ellos se perciben los efectos más contradictorios. Aquél ama la paz, éste es autor de la guerra; aquél es afortunado, infelicitísimo éste; todos aman al primero, del segundo huyen todos; aquél tiene dinero y es agraciado, éste odiado por todos sus súbditos: quiere dominar a Hungría con sus españoles, pero tiene contra sí a todos sus súbditos (WA 2.774 b).

Y los españoles

111. Ahora comprendo perfectamente lo que Pablo quiere decir al hablar de la traición de los últimos tiempos (2ª Tim 3, 4). Esta desgracia la vemos en Fernando. Los transilvanos, al ver que los turcos les habían capturado más de 40.000, le suplicaron les defendiese contra ellos. Sin embargo, ahí está él, tan tranquilo, celebrando los carnavales en Praga. Es una verdadera traición abandonar a su suerte a tanta gente. Por eso está profetizado que los españoles intentarán someter a Alemania, por sí mismos o por otros, o sea, por los turcos. Que Dios nuestro señor nos ayude.

Después se puso a comparar a los españoles con los turcos, y dedujo que era mucho más tolerable vivir sometidos a los turcos que a los españoles, porque aquéllos, una vez que han asentado su autoridad, observan la justicia, mientras que los españoles se conducen como bestias

⁹ Fernando (1503-1564), hermano de Carlos V, soberano de los dominios patrimoniales de los Habsburgo en Austria (1521) por cesión del emperador, rey de Hungría y de Bohemia (1526), coronado después como rey de Romanos (1531) y emperador tras la abdicación de Carlos (1555).

verdaderas. Así lo han experimentado los milaneses, que los han tomado como protectores (WA 3.533 a).

112. Alemania cuenta con soldados fieles y muy valientes; contentos con el estipendio, defienden con entrega a los suyos. Pero los españoles, rapaces traicioneros, no se contentan con sus soldadas, con la comida y bebida; quieren además hacerse señores de las casas, disponer de las llaves, usar de las mujeres y de las hijas, « bendecir los baúles». Que por estas cosas nadie los quiere por protectores. Y este fue el motivo por el que Antonio de Leyva¹⁰, español y brillantísimo general del emperador, cuando estaba en el lecho de muerte, recomendó al César que cuidase de no perder la gracia de los soldados alemanes, pues equivaldría a su fin, ya que son fieles, valientes y consistentes como un muro (WA 3.574).

Epitafio de Lutero

113. Durante mi vida fui tu peste, papa; con mi muerte seré tu muerte.

**SE TERMINÓ DE TRANSFORMAR A FORMATO DIGITAL POR
ANDRÉS SAN MARTÍN ARRIZAGA, 23 DE MARZO DE 2007.**

¹⁰ Antonio de Leiva (1480-1536), uno de los más brillantes generales de Carlos V, artífice de la decisiva victoria de Pavía (1525) sobre los franceses.